

Clarice Lispector nació en 1925 en Ucrania, de padres rusos que se establecieron en Brasil, y murió en 1977 en Río de Janeiro. A los 19 años publicó su primera novela, *Cerca del corazón salvaje* (1944). *La manzana en la oscuridad* (1961), *La pasión según G.H.* (1964), *La legión extranjera* (1964), *Un aprendizaje o el libro de los placeres* (1969) y *Agua viva* (1973) son algunas de sus obras más destacadas.

Las más de diez novelas, cuentos y narraciones para niños que publicó la han colocado como una de las más grandes escritoras del siglo XX en lengua portuguesa.

A medida que su fama crecía, la figura de Clarice fue nimbándose de una aura de misterio que alimentó mistificaciones que su vida apartada favoreció: rara, complicada, mística, bellísima. Como dijera Antonio Callado, "una extranjera en la Tierra."

Desde su vida solitaria en Leme, cerca de Copacabana, Clarice fue construyendo una escritura particular, situada en la confluencia de paradigmas puestos en tensión. Su obra abarca el realismo, el naturalismo, la prosa poética, el romanticismo y el simbolismo, tejidos en una suerte de "realidad adivinada".

Textos en mutación, las maneras de narrar de Lispector envuelven al lector en un proceso casi iniciático.



COMISION NACIONAL PROTECTORA
DE BIBLIOTECAS POPULARES
Secretaría de Cultura
Presidencia de la Nación
ESTE LIBRO NO DEBE VENDERSE

Clarice Lispector

Revelación de un mundo

Selección de textos, presentación,
revisión y notas de Amalia Sato



Adriana Hidalgo editora

Lispector, Clarice
Revelación de un mundo - 1a. ed. 2a reimp.
Buenos Aires : Adriana Hidalgo, 2005.
336 p. ; 19x13 cm. - (Narrativas)
Traducido por: Amalia Sato.

ISBN 987-1156-03-0

I. Narrativa Brasileña.
I. Amalia Sato, selec. II. Amalia Sato, trad. III. Título
CDD B869.3

narrativas

Título original: *A descoberta do mundo*
Traducción: Amalia Sato

Editor:
Fabián Lebenglik

Diseño de cubierta e interiores:
Eduardo Stupía y G. D.

© Herederos de Clarice Lispector, 1984

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2004,

enero de 2005, octubre de 2005

Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301

(1054) Buenos Aires

e-mail: info@adrianahidalgo.com

www.adrianahidalgo.com

ISBN: 987-1156-03-0

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

*Obra publicada com o apoio do Ministério da Cultura do Brasil/ Fundação Biblioteca
Nacional/ Departamento Nacional do Livro.*

Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Cultura de Brasil, Fundación Biblioteca
Nacional y el Departamento Nacional del Libro.

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

PRÓLOGO

LOS SÁBADOS DE SIETE AÑOS EN EL *JORNAL DO BRASIL*: LAS
CRÓNICAS SUI GENERIS DE CLARICE LISPECTOR

por Amalia Sato

Muchos críticos quedaron perplejos cuando se publicó en 1944 la primera novela de Clarice Lispector, *Perto do coração selvagem* (*Cerca del corazón salvaje*). El texto, sucesión de impresiones, de repercusiones de hechos en las personas, como empañado espejo de estados mentales donde destellan momentos epifánicos, era algo nuevo en el panorama de la literatura brasileña. El desconcierto inicial era disculpable, pues con el tiempo las más de diez novelas, cuentos y narraciones para niños de Clarice conformarán uno de los corpus literarios más radicales y reconocidos en lengua portuguesa.

A medida que su fama crecía, la figura de Clarice fue nimbándose de un aura de misterio, que alimentó mistificaciones que su vida apartada favoreció: rara, complicada, mística, bellísima. Como dijera Antonio Callado, "una extranjera en la tierra".

Cansada del trabajo periodístico y necesitada de dinero, como con franqueza reconocía, Clarice Lispector acepta escribir crónicas para el *Jornal do Brasil*. Lo hace durante siete años, entre 1967 y 1973. Escritura suelta, sobre los más variados asuntos: empleadas domésticas, taxistas, encuentros, amigos, hijos, fragmentos de textos en borrador, viajes, la infancia y la adolescencia, los sentimientos confesados a un público vasto e imprevisible. Absoluta libertad de temas con que llenar esa columna semanal.

Pero Clarice manifiesta también su resquemor constante respecto del género asumido: Rubem Braga, el representante por antonomasia de la crónica en Brasil, es mencionado y fue consultado muchas veces. Clarice no puede evitar la carga personal, la omnipresencia de su yo conflictuado; sus crónicas no tienen el tono costumbrista, leve y humanitario del consagrado maestro. Reconoce: "Los géneros no me interesan. Me interesa el misterio".

Para ella, el diario *JB* es un gran diván de papel que la envuelve y le da espacio para seducir con su angustia, sus miedos, su desmesurado desafío a la muerte. Ya personalidad consagrada, era una firma que no necesitaba justificación ni buscaba méritos, a quien sus seguidores de siempre le reclamaban que no depravara su pureza literaria en el medio masivo y que, a su vez, apreciaba el reconocimiento popular que las cartas de los lectores y las atenciones que recibía le transmitían. La relación laboral tendrá, sin embargo, un final traumático: apenas iniciado 1974 le devuelven el sobre con sus colaboraciones, con una carta que la escritora califica de seca y desagradecida, lo cual la lleva a iniciar un juicio, cuya sentencia le será desfavorable.

La solitaria que vivía en Leme, cerca de las arenas de Copacabana, había padecido en 1967, el año en que se inician estas crónicas, un accidente doméstico tonto: la madrugada del 14 de setiembre, se duerme fumando y se produce un incendio. Al intentar apagar el fuego y salvar los papeles de su estudio, su mano derecha sufre quemaduras que obligan a injertos. Pierde parte de su belleza, y se encierra aún más. Pero si recorremos el índice de las crónicas, las fechas corren sin blancos en torno de ese día aciago, y el hecho se mencionará sólo después: al pasar o en las charlas con los taxistas, a las que tanta atención prestaba.

Imprevistas, desparejas, por eso mismo fascinantes son estas crónicas de *JB*. "Revelación de un mundo" que atrapa a su autora como personaje.

Y, sorteando todos los riesgos, siempre el estilo Lispector con su efecto hipnótico. Ella es la flor en la sala fantasmal, y nosotros, los aspirantes a un extraño néctar.

Revelación de un mundo

Crónicas

27 de enero

COMO UNA CORZA

Su nombre era Eremita. Tenía diecinueve años. Rostro confiado, algunos granitos. ¿En qué consistía su belleza? Había belleza en ese cuerpo que no era ni feo ni bonito, en ese rostro donde una dulzura ansiosa de mayores dulzuras era la señal de la vida.

Belleza, no sé. Posiblemente no la tenía, aunque los rasgos indecisos atrajesen como atrae el agua. Había, sí, sustancia viva, uñas, carnes, dientes, mezcla de resistencias y flaquezas, que constituían una vaga presencia que se concretaba sin embargo de inmediato en una cabeza interrogativa y ya servicial, apenas se pronunciaba un nombre: Eremita. Los ojos castaños eran intraducibles, sin correspondencia con el conjunto del rostro. Tan independientes como si estuvieran plantados en la carne de un brazo, y desde allí nos mirasen —abiertos, húmedos. Toda ella era de una dulzura cercana a las lágrimas.

A veces respondía con groserías propias de empleada doméstica. Desde pequeña había sido así, explicó. Sin que eso viniera de su carácter. Pues no había en su espíritu ningún endurecimiento, ninguna ley perceptible. “Tuve miedo”, decía con naturalidad. “¡Me dio un hambre!” decía, y era siempre indiscutible lo que decía, no sé decir por qué. “Él me respeta mucho”, decía del novio, y a pesar de la expresión prestada y convencional, la persona que la oía entraba en un mundo delicado de bichos y aves, donde todos se respetan. “Tengo vergüenza”, decía, y sonreía enredada en sus propias sombras. Si el hambre era de pan —que comía de prisa como si pudiesen quitárselo— el miedo era por truenos, la vergüenza por hablar. Era gentil, honesta. “Dios me libre, ¿no?”, decía ausente.

Porque tenía sus ausencias. El rostro se perdía en una tristeza impersonal y sin arrugas. Una tristeza más antigua que su espíritu. Los ojos se detenían vacíos; se diría incluso que un poco ásperos. La persona que estuviera a su lado sufría y nada podía hacer. Sólo esperar.

Pues ella estaba entregada a alguna cosa, la misteriosa infante. Nadie osaría tocarla en ese momento. Se la esperaba un poco grave, con el corazón apretado, velándola. Nada se podía hacer por ella sino desear que el peligro pasara. Hasta que, en un movimiento sin prisa, casi un suspiro, ella despertaba como un cabrito recién nacido se yergue sobre las patas. Había retornado de su reposo en la tristeza.

Retornaba, no se puede decir que más rica, sino más afianzada después de haber bebido no se sabe en qué fuente. Lo que se sabe es que la fuente debía de ser antigua y pura. Sí, había profundidad en ella. Pero nadie encontraría nada de descender en sus profundidades —a no ser la profundidad misma, como en la oscuridad se halla la oscuridad. Es posible que, si alguien prosiguiera más, encontrara, después de andar leguas en las tinieblas, un indicio de camino, guiado tal vez por un aleteo, por algún rastro de bicho. Y —de repente— la floresta.

Ah, entonces debía ser ése su misterio: ella había descubierto un atajo hacia la floresta. Ciertamente en sus ausencias era allí adonde iba. Regresando con los ojos llenos de blandura e ignorancia, ojos completos. Ignorancia tan vasta que en ella cabría y se perdería toda la sabiduría del mundo.

Así era Eremita. Que si subiera con todo lo que había encontrado en la floresta sería quemada en la hoguera. Pero lo que había visto —qué raíces había mordido, con qué espinas sangrado, en qué aguas lavado sus pies, qué oscuridad de oro la luz que la había envuelto— todo eso ella no lo contaba porque lo ignoraba: lo había percibido con una sola mirada, demasiado rápida para no ser sino un misterio.

Así, cuando emergía, era una criada. A quien llamaban constantemente de la oscuridad de su atajo para funciones menores, para lavar ropa, secar el piso, servir a unos y a otros.

¿Pero los serviría realmente? Pues si alguien prestara atención vería que ella lavaba ropa —al sol; que secaba el piso —mojado por la lluvia; que extendía sábanas —al viento. Ella se las arreglaba para servir mucho más remotamente, y a otros

dioses. Siempre con la entereza de espíritu que trajera de la floresta. Sin un pensamiento: apenas el cuerpo moviéndose calmo, el rostro pleno de una suave esperanza que nadie da y que nadie quita.

La única marca del peligro por el que había pasado era su modo fugitivo de comer pan. En lo demás era serena. Incluso cuando se guardaba el dinero que la patrona había olvidado sobre la mesa, incluso cuando le llevaba al novio un paquete discreto con algunas cosas de la despensa. A robar con suavidad ella también había aprendido en sus florestas.

UNA LLAMADA DE TELÉFONO

El teléfono sonó, yo atendí, preguntaron por mí. Generalmente pregunto quién es porque no siempre estoy dispuesta a que me molesten.

Pero esta vez algo en la voz, dulce y tímida, me hizo decir que era yo misma quien había atendido. Entonces la voz dijo: soy una lectora suya y quiero que usted sea feliz. Le pregunté: ¿cuál es tu nombre? Respondió: una lectora. Dije: pero quiero saber tu nombre para poder decirlo al desearte que seas feliz. Pero fue inútil, ella no tenía siquiera ganas de mostrarse ante mí como la persona que era. Era el anonimato completo. Pero para ti, de quien ni siquiera sé el nombre, quiero que tengas alegrías y que, si no estás casada, encuentres al hombre de tu vida. Pido también que no leas todo lo que escribo porque muchas veces soy áspera y no quiero que recibas mi aspereza.

sentado a nuestra mesa, gritó: ¡Chico! Él vino, fui presentada. Para sorpresa mía, dijo: ¡Y yo que la estaba leyendo ayer!

Chico es lindo y es tímido, y es triste. Ah, cómo me gustaría decirle algo —¿qué?— que disminuyera su tristeza.

Les conté a mis hijos con quién había estado. Y ellos, si no es que me respetan más, en todo caso se quedaron boquiabiertos.

Entonces tuve una idea y no sé si resultará; si se da, les contaré. Era llamar a Chico y a Carlinhos para que vinieran de visita a casa. Yo los veré de nuevo, y sobre todo mis hijos los verán. Les hablé de esta idea y uno de mis hijos dijo que no quería. Le pregunté por qué. Me respondió: porque él es una personalidad. Le dije: pero tú también lo eres, a los siete años de edad oías todo lo que teníamos de Beethoven y pedías más, tanto te gustaba y sentías y entendías.

Pero quiero respetar a mi hijo. Le dije: si yo invito a Chico, y él viene, sólo le das la mano y, si quieres, te retiras de la sala.

También Carlinhos me pareció triste. Le pregunté: ¿por qué estamos tan tristes? Respondió: es así.

Es así.

AL LINOTIPISTA

Disculpe que me equivoque tanto en la máquina. Primero porque mi mano derecha resultó quemada. Segundo, no sé por qué.

Ahora un pedido: no me corrija. La puntuación es la respiración de la frase, y mi frase respira así. Y si a usted le parezco rara, respéteme también. Incluso yo me vi obligada a respetarme.

Escribir es una maldición.

10 de febrero

UN PEDIDO

No, es más que un pedido. Y estoy implorando. Estoy implorando para que usted no beba tanto. Alguna bebida, sí,